

mos volviendo cuando se presente la ocasion, y aprovechemos esta que se viene al paso de ayudar á levantarse á este respetabilísimo anciano, de rostro dulce y apacible, que ha quedado derribado en tierra al bote rudo de la lanza de su formidable enemigo.

Es el venerable jesuita aragonés, el sabio sacerdote á quien eligió por confesor y sin cuyo consejo nada se atrevia á obrar una alma.... de esas *ilusas* y *vulgares* que llenan, sin embargo, el mundo con sus obras y suelen dar su nombre al siglo en que viven. Esa *ilusa* y *vulgar* se llamaba TERESA DE JESUS, y ese noble anciano que allí yace es el padre Gerónimo de Ripalda, el teólogo profundo y consumadísimo filósofo, el varon insigne en doctrina y en santidad, como se expresan sus biógrafos, y cuyo nombre célebre y aun antonomástico, segun dice un crítico mexicano, ha inspirado siempre la mas respetuosa admiracion á esos sabios *vulgares* y *fanáticos* (como diria el autor de los *Bosquejos*), de nuestra patria y fuera de ella.

Hablando de la principal obra á que debió su justa celebridad el padre Ripalda, decia el compatriota nuestro que indico ántes, que «fué singular su gracia para explicar la doctrina cristiana á los niños, acomodándose á su capacidad para la inteligencia de todas sus partes; de manera que sin causar escrúpulos ni fomentar la laxitud en unas; sin dar lugar á errores en otras, y haciendo, en fin, formar ideas exactas en todas, puede decirse que su *Catecismo* es, al par que una de las mas concisas, la más clara y completa de las obras de este género. Por estas razones, añade, ha sido general su uso en las escuelas de nuestra América y demas españolas, y el adoptado por disposicion de varios concilios

nacionales, muy especialmente por el tercero mexicano, aprobado por la Silla Apostólica. Se han hecho tantas ediciones de este catecismo, ántes y despues de la independencia, que puede decirse que ha sido una mina que ha enriquecido á millares de impresores y librerros. Es, sin la menor duda, el que mas circulacion ha tenido entre los centenares de los muy famosos que han publicado los jesuitas en todas las partes del mundo.»¹

Ahora, por si acaso cierto redactor *distinguido* de un periódico veracruzano entiende el latin; y por si otros periodistas de esa tu tierra no han olvidado el que aprendieron de esos *pícaros y modorros frailes*, díles, Fausto, bien que en su pasmosa erudicion puede que ya lo sepan, al ménos el autor de los *Bosquejos* que se sabe de coro muchos latines desde el de la *Farsalia* hasta el *detestable* de que usamos los clérigos; díles, repito, que un hombre que se llamaba D. Nicolás Antonio, y era así.... medio aplicado.... y prometia algunas esperanzas, pues escribió una obrita no del todo maleja, aunque vulgar, que lleva por título *Biblioteca Hispana*, hablando de ese jesuita que tanto horror inspira á esos patriotas (por algo desde luego será) dijo:

«*Compluti vero instituto patrum Jesuitarum se mancipans, virtutum insigni exemplo, doctrinæque tum domestica in prælectionibus theologicis, tum publica ad populum insinuatione ætatis suæ præ luxit æqualibus:*» y en el mismo artículo hace el elogio del pequeño libro de la doctrina cristiana en los términos que pueden ver ó habrán visto ya esos eruditos.

Mas para que no me arguyas con que te cito esas an-

¹ Dicción. de Hist. y Geog. Apéndice, art. Ripalda.

tiguayas, testimonios parciales de clérigos *fanáticos y retrógrados*, sabe que un ilustre mexicano, verdaderamente distinguido y que profesó principios muy liberales, no desdeñó estampar en un periódico ilustrado, literario y progresista, un brillante artículo biográfico que acompañaba al retrato del padre Ripalda, y en tal artículo son de leerse, para vergüenza y confusión de estos *neo-sabios* que la echan de *espíritus fuertes y regeneradores*, los siguientes trozos:

«Hace mas de doscientos años, que la doctrina elemental del cristianismo se enseña en las escuelas y en las familias de México, por medio de un *catecismo* que, por decirlo así, ha sobrevivido á las revoluciones, á los cambios y reformas porque ha pasado la enseñanza en el trascurso de mas de dos siglos. Seguramente que pocos libros elementales han gozado, principalmente entre nosotros, del honor de dominar por tanto tiempo en las escuelas. Todos los mexicanos hemos leído este catecismo, todos hemos aprendido de memoria este pequeño libro, cuyas lecciones nos costaron tal vez algunos disgustos pueriles y algunas lágrimas; pero por lo mismo, jamás hacemos reminiscencia de las doctrinas de aquel librito, sin que se renueven en nuestra alma los recuerdos de la niñez; aquellos días felices en que comenzábamos á ejercitar la memoria y la reflexión, y á *adquirir ideas de moralidad y de virtud en un pequeño catecismo*, que relatábamos á nuestros padres con placer, como una muestra de nuestra dedicación y de nuestros *adelantos* en la enseñanza.»

«En su fisonomía, añadió aquel juicioso escritor hablando del retrato del gran Ripalda, hallarán nuestros lectores todos los rasgos que caracterizan á la verdade-

ra piedad. Siempre habíamos creído que debía haber sido *un hombre recomendable por su virtud* el que habia escrito un catecismo *en el que TODO ES PUREZA Y MORALIDAD*, y que inicia á los niños en los deberes de familia que la misma naturaleza inspira y que la religion ha consagrado con el sello de su sanción divina. No nos habíamos equivocado, pues el rostro de ese eclesiástico, autor del catecismo, su mansedumbre y su dulzura, *inspiran el amor y la veneración de que la virtud es siempre digna*, y lo poco que sabemos de su piadosa vida *en nada desmiente la ventajosa idea* que de él formamos *al leer su catecismo y al ver atentamente su retrato.*»¹

Oye ahora, Fausto, y oiga México y *«esa Europa, en cuyos congresos literarios va á imponerse una de las mas refulgentes glorias del país, la del profundo é inspirado Ignacio Manuel Altamirano, bajo cuyo manto se ha amparado»* el *Progreso* de Veracruz, según dice este mismo; oye, te ruego, á ese caballero que no sabe traspasar los límites de la moderación, que respeta á la sociedad en que vive, venera las tradiciones, se confunde con los sabios imparciales y está encargado de la misión de *reformar y moralizar al pueblo*.

«*El catecismo del padre Ripalda!* ¿Quién en México no conoce al padre Ripalda? Y ¿quién que tenga en algo la razón y la libertad, no detesta ese monstruoso código de inmoralidad, de fanatismo, de estupidez, que semejante á una serpiente venenosa se enreda en el corazón de la juventud para devorarlo lentamente? Yo no sé cómo todavía las prensas de un pueblo republicano y culto, se ocupan en multiplicar los ejemplares de ese li-

¹ Diccionario de Historia y Geografía, en el artículo citado.

brillo odioso, que siembra en nuestras clases atrasadas, principios de tiranía y de superstición, incompatibles con nuestras instituciones y enemigos de la dignidad humana.

Defiéndanlo, en buen hora, *hombres bastante insensatos ó bastante interesados*, para servir á las miras de un partido de oscurantismo (cortísimo por fortuna), y que quiere resucitar en pleno siglo XIX las ideas del tiempo colonial. La civilización, la libertad, la ciencia, no hacen caso de lo que griten los falsos apóstoles de una religión de paz, de humildad y de dulzura, y ellas reprobaban y acabarán por aniquilar las doctrinas *estúpidas* que contienen *libracos* como el de Ripalda.

«Si el cristianismo ha de vivir algo más, no ha de ser seguramente difundido por el catecismo de ese viejo jesuita, misionero del papismo y de la *reyedad* española, cuyo bello ideal era la imbecilidad de los pueblos.»

¿No es verdad que se necesita tanta filosofía como la que tienen los aparceros de las *cotorras cuadrágenarias*, para no desternillarse de risa al escuchar esos primores? Ah! malicioso Fausto; ya parece que te veo guiñándome un ojo como quien dice lo que dijo *el Progreso*: ¡*El padre Ripalda y Altamirano!* Es como si dijéramos, *luz y sombra* (¿será intencional la colocación de las palabras?) *vida y muerte, Heráclito y Demócrito, alfa y omega, austro y bóreas* ó **IGUALES SINONIMOS**; ó bien que mueves la cabeza con aire de duda y frunces los labios, como quien indica que esa tirada no es original del autor de los *Bosquejos* sino del espectro aquel que se le presentó cuando nuestro filósofo tenía llena la fantasía de muertos y gentes de sotana.

Y acaso tengas razón, Fausto: yo mismo estoy ten-

tado de creer que el Sr. Altamirano no ha escrito esas frases en estado de vigilia, sino como un sonámbulo que trasladada al papel maquinalmente lo que cree oír de un fantasma en el silencio de una noche pavorosa. De otra suerte, y por enemigo que sea de Dios y de la religión aquel escritor, ¿cómo había de asentar que las doctrinas contenidas en ese *catecismo* son *inmorales*, cuando á su aplicación deben cabalmente el individuo, la familia y la sociedad la conservación de ese orden moral que consiste en la sumisión á la ley eterna y reguladora de las acciones humanas?

Muy atrasado se muestra ese moralista, cuando cree que las doctrinas contenidas en la sabia exposición del padre Ripalda, datan del tiempo colonial, ó tienen algo que ver con las miras de un partido que quiere resucitar en pleno siglo XIX el sistema del oscurantismo. Muy atrasado en verdad, para ser tan distinguido juriconsulto, pues tales doctrinas tienen su origen en la voluntad y sabiduría eternas, son la expresión de la ley inmutable que mantiene las relaciones del Supremo Hacedor con sus criaturas, y de éstas entre sí; ley impresa en el corazón del hombre desde el instante de su creación, escrita más tarde por el mismo dedo de su Autor y promulgada entre solemnes prodigios, con la majestad más augusta que hayan visto los siglos, y que al fin tienen su complemento, cuando, llegados los tiempos fijados para la regeneración del mundo, sella la sangre de la más santa de las víctimas, ese sublime código. La luz que él difunde por el Universo, es precisamente la que enseña la senda del progreso, de la civilización, de la libertad y de la ciencia. ¿Cómo, pues, son *inmorales y monstruosas* las doctrinas de ese código que con tanta

sabiduría expone el padre Ripalda en su catecismo? ¿No es verdad que para llamar á esa obrilla *libraco estúpido* se necesita, más que tener rabia contra Dios, hallarse en el colmo de la insensatez? Y estos filósofos, que quisieran pasársela sin Dios, y sin embargo no tienen valor para negarle; estos filósofos, que aborreciendo los principios de la moral, quieren sin embargo verla practicada por los demas; estos filósofos, que llaman estúpidos á los que acatan los preceptos de aquel código, y sin embargo creen que es *precisa la existencia* de una religion de paz, de humildad, y de dulzura; esos filósofos, en suma, cuyo bello ideal es vivir á sus anchas y libremente, desconociendo todo principio de autoridad, porque obedecerla es imbecilidad y retroceso, son, Fausto, los que hoy nos salen con la embajada de regenerar á nuestro pobre pueblo, comenzando por *¡la instruccion de la juventud!*

Ya me ocuparé mas extensamente en esta materia importantísima, que sin embargo de serlo, y á pesar de lo mucho que preocupa al autor de los *Bosquejos* desde que habló con el espectro, no la ha tratado sino superficialmente y en forma de novela. Ardua es en extremo la tarea, y urgentes los remedios para muchos males que hay en efecto en el particular de la enseñanza pública; pero el autor de los *Bosquejos* lleva mal rumbo, y me temo que se extravie porque va sin brújula.

Verémos á qué parte doy la preferencia en ese largo paño de múltiples colores que se me presenta para cortar.

Adios, querido Fausto, y hasta nuevo correo.

EL CURA.

FIN.

